

A mi querido Daniel, para quien desperté tantos recuerdos de mis primeros años.

Introducción

He conseguido terminar de escribir estos recuerdos de mi primera infancia. cuando comencé la tarea no creí que pudiera terminarla ni que lograra evocar y dar forma a tantos episodios. Lo cierto es que no resultó tan difícil como temía, pues ellos, los recuerdos, fueron brotando uno detrás del otro como tirados por un hilo mágico.

Me sentí satisfecho, gratificado, navegando de nuevo por el mar de mi infancia. Esto, por si solo, justificaría el esfuerzo. Pero quiero algo mas: transmitir a las personas que quiero, que serán mis seguros lectores, las emociones que viví y acercarlas al ambiente de aquél mundo tan distinto y lejano.

Cuantas emociones sentí mientras reverdecían aquellos recuerdos. Reviví momentos tan entrañables que alguna vez las lágrimas enturbiaron mi vista. Pero fue maravilloso viajar durante un par de meses por el paraíso que perdí hace cincuenta y cinco años.

Los recuerdos que describo son como instantáneas fotográficas, a veces ampliadas por el esfuerzo, otras desenfocadas por el tiempo, pero rotundas en luces y sombras. Tengo la suerte de conservar muchos recuerdos de mis primeros años. Quizás, la fuerza de la luz y la magia de mi pueblo junto con el amor que rodeó mi despertar a la vida, grabaron con tanta fuerza esos momentos. Son instantáneas de luz y ternura, con fantasmas buenos que llenaron mi mundo infantil y que aún existen porque viajan conmigo.

En mis cinco primeros años vividos en Agaete, ese pueblo especial que tiene el privilegio de reunir la mar brava con la montaña gigante, acumulé toda la riqueza de sentimientos que he cargado el resto de mis años. Ese tiempo fue la clave de mi sensibilidad y de mis comportamientos ulteriores.

Evoco las calles empinadas y silenciosas, la sonoridad de las voces y los ecos, el arrullo del viento en los árboles, la luz dorada y adorable de un atardecer. Evoco el perfil cargado de misterio de las altas montañas, el aire frío de la madrugada que traía la sonora llamada a la primera misa. Los cálidos matices de la voz de mi madre enseñándome a comprender las cosas . El calor y el olor irrepetible del regazo de mi abuela. Desperté también a los fantasmas malos que llenaron de temor algunos momentos de mi infancia.

He tratado de contar de la mejor manera que he sabido casi todo lo que conservo de aquellos años. Siempre quedan emociones que se resisten a ser convertidas en palabras, porque no tengo la habilidad suficiente para expresarlas, o porque son sensaciones tan sutiles e inconcretas que no se dejan atrapar.

Quiero que estas narraciones sean un homenaje de amor que ofrezco a los seres queridos que llenaron aquél mundo mío tan lejano y tan presente. También quiero, finalmente que sean el eslabón que aporto a la cadena nieto-abuelo-nieto, para que cuando mi querido Daniel, que ahora tiene cinco años, como los tenía yo entonces - y los demás nietos que puedan ir llegando antes o después de mi partida - llegue a su madurez y los comprenda en todo su significado, se comprometa a seguir perpetuando esta cadena de amor y comprensión. Eso he pretendido.

Las Palmas de G.C. . 15 de Agosto de 1991.

1. Primer recuerdo

Que bien me sentía viajando de aquella manera. Los brazos de mi madre rodeaban mi cuerpo y mi cabeza, vuelta hacia atrás, se apoyaba en su hombro. El camino iba creciendo ante mis ojos, pendiente y pedregoso. Los arbustos pasaban tan cerca que podía sentir su fragancia. La mañana era luminosa y sentía un vaho cálido que ascendía desde el fondo del valle. El aire estaba lleno de voces alegres, cantarinas. Voces de jóvenes que marchaban con nosotros, regocijados por la promesa de un día de fiesta.

Paramos en un lugar umbrío junto a una construcción extraña. Era como un túnel largo y oscuro. Quizás fuera solo eso, un túnel o una galería subterránea. Penetramos en él sin que cesara la algarabía. Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad vi a la altura de la cintura de mi padre, que había tomado el relevo de cargarme, un canalillo por donde transcurría silenciosa un agua transparente que deformaba con su juego las piedras limosas, anaranjadas por la herrumbre, de su fondo.

Todos reían y cantaban mientras llenaban sus cacharros de aquella agua que les refrescaría el camino que les quedaba por andar. A mi me dieron de beber y sentí un cosquilleo agradable, ácido y frío, que bajaba por mi garganta. Sería la primera vez que bebía el agua agria de Los Berrazales.

Después de descansar un rato reanudamos el camino, siempre ascendente. Iba de nuevo en los brazos de mi madre y me sentía cómodo y seguro. Mi padre insistía en que quería llevarme él porque el camino se hacía cada vez más resbaladizo y cansado. Mi madre no consentía porque pensaba, como yo, que no había nada tan seguro como sus brazos. De repente, en un mal paso, cedió el borde del camino y nos deslizamos los dos por la pendiente sin separarnos. Creo que fue mi primer sentimiento de peligro. Por suerte, no había pasado nada: un susto y el lógico enfado de mi padre que reclamaba su razón por querer llevarme.

A partir de este incidente solo recuerdo que antes de llegar al lugar de la fiesta, las mujeres, prácticas y coquetas, se cambiaron el calzado del camino por zapatos de tacón. El colorido, la bulla y la música en un lugar abierto es solo una débil imagen donde se difuminan los recuerdos de aquél día. Mucho tiempo después supe que transcurría el año 1933 y asistíamos en romería a la fiesta de San José del Caidero.

2. Después del baño

Debía ser uno de esos días de nuestro invierno cálido y claro. La casa era grande y los techos me parecían tan inalcanzables como el cielo. Había un patio alargado y abierto que separaba las habitaciones de uno y otro lado. Una pila destilaba, gota a gota, el agua que se filtraba por su redonda panza cubierta de musgo y culantrillo, produciendo un tin-tín monótono al caer sobre el vaso que reposaba en el bernegal. Un canario cantaba en una jaula y en otra saltaba un mirlo silencioso. Algunas plantas flanqueaban los escalones que daban acceso a la puerta trasera.

Aunque mi madre había templado el agua, yo sentí frío durante el baño, porque la cocina, que también se usaba para estos menesteres, era grande y sombría. Mi llanto y mis protestas solo se calmaron cuando me sentí envuelto por la toalla, esponjosa y blanca, con la que mi madre frotaba mi cuerpo. Cuando me vistió sentí el bienestar que produce la ropa limpia sobre la piel recién bañada. Después me dijo que me sentara en el dintel de la puerta de la calle, donde calentaba un sol de media tarde.

Me parece sentir, al evocar aquél momento, la embriaguez que me producían los deslumbradores rayos del sol de invierno y el suave bienestar de mi cuerpo limpio y relajado. Era el preludio de mi sensualidad futura.

Tampoco he podido olvidar la satisfacción que me producía aquél tesoro que encerraba en mi mano izquierda. Cuando abría el puño para convencerme de que era realidad la posesión de aquella fortuna, podía ver una pieza redonda y grande de oscuro cobre, que me mostraba la cara de un señor muy serio. Yo sabía que aquello era importante. Supongo, porque no tengo conciencia de ello, que aquella perra gorda fue el precio del soborno que pagó mi madre para vencer mi resistencia al baño.

3. Camaradas

En aquella época, mi abuela Carolina, mi querida e inolvidable Abuelita Ina, vivía en una casita pequeña a la que se llegaba por un callejón retorcido, que se ensanchaba delante de la casa formando una diminuta plazuela medio cubierta de lajas y callaos. De allí partía, descendiendo, otro callejón estrecho y corto que nos acercaba al centro del pueblo. Con mi abuela vivían mis dos tías, Carmen y Paca, jóvenes y solteras todavía, consentidoras de mis caprichos, y mi tío José que era solo un muchacho.

Aunque no estaba lejos de mi casa, como era pequeño para andar solo, siempre tenía que esperar a que alguien me llevara a la casa de mi abuela. A mí me encantaba pasarme las horas con ella, porque me daba todo el cariño del mundo y me contaba cuentos y leyendas antiguas, como la de aquel niño por el que yo sentía tanta pena, que por desobedecer a su madre se quedó prendido en la cara de la luna. También me daba quince céntimos para comprar bizcocho en la panadería de Señor Teodoro, que estaba a la entrada del callejón. Me veo feliz royendo aquel pan bizcochado con sabor a matalahúva, ignorante de la existencia de mantequillas y mermeladas.

Por aquellos rincones jugaba con otro niño de mi edad que me deslumbraba contándome como pescaba su padre unas albacoras tan grandes, allá muy lejos, por el mar de los moros. Mi padre también andaba siempre por la mar, pero no cogía esos animales que me imaginaba enormes, monstruosos, porque mi padre no era pescador como el suyo. sino que navegaba en un barco de carga. Este buen amigo también me enseñó a comer tierra. El debía estar acostumbrado a hacerlo porque me animaba a imitarlo mientras chirriaban sus muelas. No sé si por compromiso o por curiosidad, una de aquellas tardes cogí un puñado de tierra de donde él se surtía y me lo metí en la boca. Al recordarlo, me parece que siento todavía entre mis dientes aquella masa desagradable y áspera que me apresuré a echar fuera de mi boca. mientras mi camarada me

aconsejaba: "Traga, traga". Recuerdo que me pasé toda la tarde escupiendo y ya no quise saber más de aquél manjar que a mi compañero de juegos le parecía tan exquisito.

Tenia por allí otro gran amigo. Tancredo era el perro de mi abuela, que me quería tanto como yo a él. Recuerdo el color ocre amarilloso de su pelo corto y su rabo diminuto que movía sin parar cuando me sentía llegar. Años después, mi familia se trasladó a Las Palmas, y cuando volvía al pueblo, de tarde en tarde, porque entonces solo se viajaba por necesidad, me maravillaba que Tancredo se acordara de mi y saliera a recibirme, nada más pisar el callejón. saltando loco de alegría, anunciaba a mi abuela. con sus ladridos. que su nieto había vuelto. Me sentí muy triste cuando me dijeron que había muerto. Había perdido al personaje de mi niñez que me enseñó una nueva dimensión de la amistad.

4. Zapatos de tacón

Mi mundo era luminoso y sonoro. Mi sensibilidad de niño impresionable se iba llenando con los colores del mar y de las nubes, de los árboles y de las flores, de las piedras y de las montañas. con los sonidos de las voces y los ecos, del viento y de la lluvia, de las canciones y los susurros.

Mi mundo tenía sensibilidad de mujer porque todo lo que me rodeaba era femenino: mi madre. mi abuela, mis tías y sus amigas. Recibía el conocimiento de las cosas a través de ellas, de sus conversaciones. Lo masculino estaba ausente de mi ambiente. Solamente, de vez en cuando, aparecía mi padre para descansar un par de días con su familia. Notaba entonces que su presencia lo cambiaba todo. Mi madre irradiaba alegría y la casa se llenaba de sonidos y olores nuevos. Olores y sonidos de hombre. Me veo, admirado, contemplar a mi padre mientras se afeitaba. Recuerdo el chasquido de la navaja barbera rozando la piedra de afilar y la espuma blanca que iba cubriendo la sombra de su cara mientras cantaba las canciones de moda de José Mojica: "¿En donde está el amor imaginario . . .?". Recuerdo también, como ellos, mi padre y mi madre, se miraban embelesados, de una manera extraña que me azoraba. Eran jóvenes y se querían. Me gustaba aquella novedad de mi padre en la casa porque todo parecía más alegre y seguro.

En aquél ambiente no era de extrañar que yo me aficionara a colgarme todos los adornos y perifollos que mis tías, con gran complacencia, ponían a mi alcance. Yo era su juguete y querían verme feliz. "Velo, patos, sisillos . . ." decía con mi media lengua pidiéndoles que me dejaran taconear por la casa adornado con velo, zarcillos y collares. A mi padre aquello no le gustaba y se enfadaba conmigo cuando me veía de aquella manera.

Pero un día me gastaron una mala pasada. Yo no sabía que mi padre había llegado aquella mañana de uno de sus largos viajes. Yo estaba en la casa de mi abuela y fueron mis tías las que me

animaron a colgarme todos los adornos que iban sacando del ropero. Estaba feliz con tantas cuentas de colores y tantas blondas. Mis tías disfrutaban y se regocijaban colgándome más perifollos. Cuando terminé la transformación me animaron a que diera un paseo hasta el espejo del ropero para que viera lo guapo que estaba. Mis pequeños pies, perdidos en aquellos zapatos de tacón, se dirigieron hasta el ángulo de la habitación donde estaba el ropero. Entonces sucedió algo terrible, de algún lugar oculto apareció ante mi el lobo feroz en la figura de mi padre. Estaba enfadado conmigo y me avergonzaba por haberme puesto aquellas cosas de mujeres. Se habían confabulado contra mi. Mi mundo se hundía y solo pude decir en mi defensa: “Fueron ellas, fueron ellas...”

Mi venganza, de forma inconsciente, llegó poco después. Por aquellos años, la fiesta de la Virgen de las Nieves, patrona de Agaete, era el acontecimiento social más importante, por no decir el único, que ocurría en mi pueblo. Todo el mundo esperaba aquellos días de fiesta para pasarlo bien y romper la monotonía de los días. Los hombres estrenaban sus ternos y se divertían bebiendo ron o cortejando a las muchachas en el paseo de la plaza. Las mujeres estrenaban trajes y zapatos y buscaban novio en los bailes del Casino. Mis tías, como todas las jóvenes solteras, iban acopiando, ilusionadas, desde meses antes, trajes, zapatos y adornos para lucirlos en la fiesta. La indignación de mi tía Paca la llevó al pataleo cuando, ya vestida para el baile, saco del ropero sus zapatos nuevos y los encontró bañados por dentro y por fuera de una pasta marrón y apestosa, producto de una mala digestión de su querido sobrino. El mundo se le hundía y solo podía gritar: “Fue él, fue él...”.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

